

Nosotras

Freyja

El despacho del director apestaba a tabaco e incienso barato. Las chicas, insolentes chicas, se apretujaban en el duro banco frente a la tarima, a esperas de la reprimenda. Pero el director parecía tan perplejo ante la situación que llevaba diez minutos sin mediar palabra. En su lugar, mantenía la mirada fija en el gran reloj de la entrada. Las estudiantes notaban a sus espaldas el insoportable crujido de las agujas, mientras el olor de la habitación les encogía los pulmones. Cada una intentaba sobrellevar la espera con su propio método. Laleh se esforzaba por controlar el temblor de sus piernas. Zahra y Neda contemplaban impasibles la lluvia a través de la ventana. Mahin, por su parte, se cubría la nariz con el pañuelo para no asfixiarse en el tufo. Aquel trozo de tela las había metido en verdaderos problemas. Tras un largo silencio, el director dictó sentencia: el comportamiento inadmisibile de las alumnas no dejaría otra alternativa que su expulsión del centro. Las familias serían informadas de la decisión, así como las autoridades pertinentes. Laleh rompió en un océano de lágrimas. Zahra arropó a su amiga en un abrazo. Neda protestó en vano con un discurso vehemente sobre sus derechos. Mahin apretó la cara contra el pañuelo. No podría soportar el olor dos minutos más. Miró por última vez, sobre la mesa del director, el acto vandálico: las trenzas de sus compañeras. La suya, en cambio, se encontraba atascando el retrete del baño de profesores. Era cuestión de horas que se percataran. Las cuatro chicas salieron cabizbajas del despacho. Las miradas punzaban como agujijones en sus cabezas desgreñadas. El castigo en casa fue severo, pero toda prohibición y amenaza se vio frustrada por la huida inmediata de las chicas. Mahin se había encargado de convocar a sus amigas aquella noche. Fue algo complicado convencerlas tras los sucesos en la escuela, pero en las atestadas calles de Karaj cuatro adolescentes más no llamarían la atención. Además, era su última oportunidad para dar un golpe contundente y espantar a las autoridades de la región por un tiempo. Acordaron unirse a la manifestación nocturna. Se sintieron cohibidas al principio, pero acabaron alzando sus velos junto al resto mujeres, y gritaron lo que jamás habrían podido susurrar solas. También lloraron, y rieron al ver huir a los hombres de las aceras. Ni siquiera dieron un paso atrás cuando aparecieron los agentes. Eran infinitas, una ola rugiente de pancartas. Una carga banzai implacable. Mahin se hallaba en la cresta del tsunami, sobre los hombros de cientos de desconocidas. Ella, Mahin, que nunca había alzado el tono, ni había incumplido una norma hasta su expulsión de la escuela. Tan dócil e invisible. A veces se preguntaba si algún día le haría justicia a su nombre. Alzó la cabeza, buscando la luna entre las nubes. La encontró llena y resplandeciente, e hizo honor al significado que las unía. Al

atravesar una calle principal, la voz de Mahin ya hacía eco con las paredes. Era el gran astro que iluminaba la noche y guiaba con su gravedad la marea insurrecta. Buscó a sus amigas en la multitud, pero solo distinguía cabezas trasquiladas. Trató de disfrutar el furor de la protesta, pero la preocupación por sus compañeras debilitó su voz. Comenzaron a caer algunos cuerpos a su alrededor. Solo entonces, advirtió el sonido de los disparos. Se apresuró a bajar de los hombros de la multitud, que se disolvía con rapidez entre los callejones. Miró hacia el frente: una estampida se dirigía en su dirección, y sus piernas se habían fijado al suelo. Sintió el aliento de la turba sobre sus mejillas, de pronto rasgadas por el asfalto. El golpe la desorientó, hasta que pudo contemplar la cara de Laleh junto a la suya, sus manos entrelazadas. Se sonrieron allí, tiradas en la carretera. La voz de Neda interrumpió el breve momento de calma. Laleh estaba herida. Mahin se incorporó: no había advertido el espeso charco de sangre que rodeaba a su amiga. Zahra, petrificada, no conseguía articular más que sollozos. En un gesto desesperado, las chicas presionaron sus velos contra la herida. Creyeron ver a lo lejos el destello de una cámara fotográfica, y rezaron porque apareciese alguien para ayudarlas.

Las imágenes de las manifestaciones en Irán resultaban, cuanto menos, impactantes. Sarah las había visto en el teléfono de su esposo minutos antes del partido. No había echado más que un vistazo a las fotografías, pero recordaba a la perfección los rostros de las chicas. Casi podía sentir el gas lacrimógeno bajo sus párpados. Intentó centrarse en el balón, rodando entre las piernas de los jugadores. Aquel pequeño punto blanco corría de un lado a otro como una liebre, mientras los grandes hombres luchaban por cazarla. El sudor en sus frentes, la mirada primitiva, tribal. Un gol. La euforia envenenó el campo. Gritos y blancas sonrisas tras la pantalla del móvil. Todos querían inmortalizar el momento. Sarah aprovechó el alboroto para observar a un grupo de mujeres de la grada contigua: se encontraban de pie, celebrando emocionadas el punto de su equipo. Vestían ropa ligera, incluso ajustada, de colores vívidos. Sobre sus hombros, caían como cataratas largas melenas onduladas. Sarah encontró extraña la moda occidental, aunque lo que en realidad llamó su atención fue el intenso reportaje fotográfico que estaban llevando a cabo. Mientras una parte del grupo alzaba los brazos sobre la multitud para captar el estadio con sus cámaras, otro sector posaba procurando enfocar el resto de gradas a sus espaldas. Debían tener un gran número de seguidores en redes sociales a los que alimentar con sus publicaciones. Sarah se preguntó si aquellas chicas serían las autoras de las impresionantes imágenes de Irán que había visto en el teléfono de su marido. Sin embargo, supo rápidamente que aquello no era posible: eran jóvenes adineradas, que asistían a un partido de fútbol en un país que les habría propinado una paliza por su vestimenta de figurar otro lugar

de nacimiento en su pasaporte. No se mancharían las manos con ninguna causa social más allá que escribir algún texto estúpido en redes. Sarah quería reprocharles toda aquella falsa solidaridad, pero se limitó a sentarse de nuevo, pensando en los seres humanos que luchaban realmente contra la injusticia. No encontró ninguno en el estadio, pero sabía que existían, en algún lugar del planeta.